

RESEÑAS

Brian Connaughton, *Ideología y sociedad en Guadalajara (1788-1853)*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, 468 p. (Serie Regiones).

El estudio de la ideología conservadora ha tenido pocos avances en los últimos años y menos enfocada desde una perspectiva regional que analice en un espacio geográfico y socioeconómico concreto su especificidad. En este sentido, la obra del historiador Brian Connaughton viene a llenar un hueco importante dentro de la historiografía sobre el siglo XIX y a abrir nuevos enfoques e inquietudes sobre un tema poco trabajado, pues *Ideología y sociedad en Guadalajara* representa una novedosa tentativa por estudiar el conservadurismo a través del discurso elaborado por la corporación a la que se ha tachado de abanderar la reacción, el tradicionalismo o la contrarrevolución del México de aquel tiempo: la Iglesia.

Brian Connaughton es actualmente profesor de la UAM y de la UNAM; otro importante trabajo de él es *España y Nueva España ante la crisis de la Modernidad* (México, Fondo de Cultura Económica, 1983). El libro cuyo título nos ocupa obtuvo en 1988, como tesis doctoral, el premio Marcos y Celia Maus a la mejor tesis de historia de la FFyL de la UNAM y el autor trabajó principalmente en la Biblioteca Pública de Jalisco así como en el Archivo Histórico de Guadalajara y el AGN. Los sermones, las cartas pastorales y los discursos fueron los principales recursos que en el periodo bajo estudio empleó el clero como medio de propagar sus ideas, y son los materiales básicos utilizados por Connaughton para su estudio. Además, una abundante bibliografía y hemerografía apoyan sólidamente la investigación realizada.

La obra se inscribe dentro de la corriente de autores que tratan de integrar dos momentos generalmente vistos como ajenos: la etapa final de la colonia y la primera mitad del siglo XIX.

En la obra se identifican dos partes: una de ellas dedicada a analizar especialmente lo que fue el discurso del alto clero de Guadalajara, por haber sido éste parte de la capa social que estructuró las directrices mayores de la sociedad; la otra, plantea los problemas centrales del cambio (diezmos, patronato, implicaciones en el régimen constitucional), propagadas por los portavoces del liberalismo, en particular aquél de

las primeras décadas de la independencia, y en constante entrecruzamiento con las corrientes ideológicas dominantes en la Iglesia.

La acuciosidad en el análisis del discurso clerical y su contraparte liberal, permiten seguir los paulatinos cambios de orientación del discurso del clero de Guadalajara, que llevaron, finalmente, a fortalecer un discurso providencialista. El significado que éste tuvo, en el proceso de construcción de la nueva nación, es la interesante reflexión que el autor nos ofrece como conclusión.

La Iglesia ha sido una corporación siempre en el centro del debate, a la vez que parte actuante. Durante el periodo estudiado fue asediada, como señala el autor, primero parcialmente y después cabalmente; ello la llevó a tratar de frenar los cambios que amenazaban con dejarla fuera, pues el Estado y la sociedad tendían a la secularización. Brian Connaughton considera que si fue cierto que la Iglesia mexicana centró sus esfuerzos en contener ese cambio histórico, eso es precisamente lo que debe demostrarse, dentro de la visión más amplia posible.

En su análisis, considera a la Iglesia parte de un todo, no sólo con respecto a la variedad interna y su evolución, sino también “con referencia al esfuerzo de tender puentes de unión con elementos sociales que no tuvieran necesariamente los mismos intereses que ella”.

El autor toma en cuenta que la Iglesia, como institución, tenía un poder ideológico que se entretejió, primero, con el poder monárquico absolutista, después, con los grupos sociales que se vieron amenazados con los cambios por venir. Por tanto, el autor trata de ubicar adecuadamente la ideología clerical en relación con la renovación social, económica y política que plantearon tanto el absolutismo borbónico del tardío régimen colonial como el nuevo estado independiente, nacido en 1821.

Indica el autor que la ideología clerical, identificada por lo general con el tradicionalismo, debió representar un punto de tensión especial dentro de la vida de una región en abierto proceso de transformación y consolidación, como era la de Guadalajara en esos momentos.

El discurso pues, lo vemos transitar por diversos momentos y tomar diferentes características en cada uno de ellos, en todos, se observa la intención de la corporación eclesiástica por luchar para adecuarse a los cambios y no perder el lugar que había mantenido, respecto al poder temporal, hasta la llegada de los Borbones.

Así, bajo las peculiares condiciones económicas y sociales que mantenía la región de Guadalajara a fines del siglo XVIII, se dio especial acogida a las reformas borbónicas, en particular por la iglesia de aquella provincia. La institución eclesiástica se identificó con los grupos responsables de las transformaciones que en todos los terrenos

fueron impulsadas y favorecieron especialmente el desarrollo de la región jalisciense. El discurso de estos momentos se caracterizó por un fuerte regionalismo y por su concordia con la línea reformista modernizadora.

La inicial acogida brindada a la Ilustración, que se reflejó en el discurso clerical, se volvió poco a poco cautelosa, a causa del efecto que produjo el estallido de la revolución de independencia. A partir de entonces, el discurso manifestaba el rechazo a la insurgencia, y el reproche y la sanción moral fueron la tónica. El naciente liberalismo político fue fuertemente cuestionado. En cierto sentido, el discurso clerical dio marcha atrás, hacia una recuperación del tradicionalismo, el espiritualismo y ultraterrenismo. Pero a la vez, ante el concepto central de soberanía —entendida como producto de la libertad ejercida directamente por el pueblo—, que trajo consigo la independencia y que implicaba una inversión de la pirámide tradicional del poder, la Iglesia dio comienzo a una fuerte e inteligente ofensiva para ofrecer un discurso sociopolítico que, aun cuando pleno de religiosidad, diera respuesta a la idea de un patronato fundado en la soberanía popular.

La Iglesia continuaba mostrando pues, signos evidentes de recuperación. Solamente en la coyuntura de 1833, cuando el bando liberal parecía tener ganada la batalla por instaurar un Estado fuerte bajo el que la participación de la iglesia sería de subordinación, pareció tambalear. Sin embargo, la derrota de los liberales le dio una nueva posibilidad de buscar la concertación y lograr que prevalecieran los derechos que defendía.

A estas alturas, mediados de la cuarta década del siglo pasado, la consolidación en el discurso de la Iglesia de una visión providencialista de la nación mexicana quedó más definida. A través de ese discurso el clero elevó “al pueblo mexicano al papel de portaestandarte de una misión divina” (p. 419). En un concepto en el que se daba la idea de continuidad desde el pasado indígena, atravesado por una providencial cristianización hispánica, hasta la independencia y el republicanismo y no cambió de tónica hasta mediados del siglo pasado. Aún más después de la guerra contra los Estados Unidos, pues se convirtió en un imperativo la necesidad de defender la certeza de la nación mexicana.

En la parte final Connaughton concluye que precisamente en la lucha intensa y creciente entre las fuerzas ideológico-políticas que se trabaron para lograr imponerse y orientar la formación y consolidación de la nación mexicana, basada en la soberanía popular, tenía que definirse quien era el pueblo efectivo que la debía orientar. Entonces, la contribución de la iglesia fue aportar “la variable que finalmente sustituyera la soberanía real española: la nación providencialista” (p. 428).

A partir de ahí, ningún gobierno mexicano podía eludir ese “parangón de legitimidad” (p. 429).

Los méritos de la obra son numerosos pues, aunado al conocimiento de la historia regional, de la ideología clerical y del conservadurismo, presenta una interesante perspectiva metodológica para el estudio de las ideas y una actitud sumamente crítica respecto a la interpretación histórica del siglo XIX, especialmente de su primera mitad. Su lectura, sin duda, dejará abiertas nuevas inquietudes e interrogantes a los interesados en tan complejo momento.

ROSALINA RÍOS ZÚÑIGA